

# Cartografía de los afectos

MARTIN GAK

Und durch den Birnbaum flogen  
Paar Fischlein. Das Flugzeug schwamm  
Wolf Biermann

Bernardo Ledesma fue en su primera o segunda infancia gran amigo de Marquitos Pirianski y fue en una de esas exquisitas disquisiciones durante una de las tantas magras tertulias en las que la amistad se celebraba en la embriaguez embustera de las bebidas azucaradas con las que se ensayan los gestos de las que vendrán mas tarde, que con el eco de sus voces rebotando en los gestos de aprobación del uno y del otro, los dos amigos forjaron la idea a la que permanecerían leales y sobre la cual construirían en lo años que iban a pasar párrafos, hogares y, por último, la distancia entre los dos.

## *Primera juventud*

Desde aquella tarde oscurecida en la que Bernardo y Marcos pensaron en el amor por primera vez en voz alta, nunca dejaron de

imaginarlo como una vasta concatenación de geometrías gobernada por necesidades y contingencias matemáticas y poblada por abstracciones que aunque sólo observables en el material lábil de pupilas, labios y manos, eran una expresión de fuerzas impasibles e impersonales.

La primera visión de este territorio árido cubierto por su vegetación sintética y densa que ocluyendo la superficie seca de la tierra sobre la que soles y lluvias conferían el aspecto de cosa viva, creció de la respuesta que dedujo Bernardo Ledesma a una pregunta aparentemente inocua que dictó la maestra de sexto grado al final de la primera lección de álgebra.

"Si una persona tiene dos padres, cuatro abuelos y ocho bisabuelos, ¿cuántos abuelos tiene en total contando a todos desde los abuelos de sus bisabuelos?"

Mirando la tarde apagarse dócilmente sobre Paysandú, Bernardo Ledesma todavía muy chico para saber lo que sacrificaba, apoyó el amor torrencial de sus padres sobre el pulgar de la mano derecha. Alrededor del índice, se abrazaron sus cuatro abuelos, entre ellos Bernardo Ledesma, padre de su padre y antiguo dueño de su nombre, de quien solo

conservaba las leyendas de amor devoto a su trabajo, a su mujer y a sus dos hijos.

Los nombres que con dificultad le cedía al cordial empezaban a desdibujar los paisajes familiares del cariño pero en los ecos nocturnos de la voz de la madre inclinada sobre la memoria de su pequeño abuelo, sobre su cara marcada por un delta de lechos secos de tiempo nacido al borde de sus ojos donde todavía brillaban paisajes del Bregu, sobre el robusto bigote blanco que todavía brillaba en la foto sobre el piano como una estrellas muerta en días más antiguos que la memoria pero que todavía se ofrecen luminosas a los ojos que hurgan en la oscuridad del cielo nocturno y, por supuesto, sobre los cuerpos fantásticos con los que, compensando el anémico talento con la ternura, había poblado las páginas del bestiario mágico del que la mujer se había servido para soñar su infancia, el chico podía distinguir los rasgos familiares del afecto si bien le resultaban impalpables.

De las dieciséis almas que se amontonaban sobre el anular no había un solo vestigio de familiaridad ni una estela de cariño a la cual Bernardo pudiese hacer alusión. Solo reconocía los cuatro apellidos necesarios y ningún nombre propio. En el meñique, treinta y dos silencios indescifrables bailaban sobre la

yema del dedo como ángeles sobre la cabeza de un alfiler. Una bajo la otra, escribió en un papel las cinco cifras y las sumó y por un momento trató de entender cómo podía la delicada tibieza del tacto y el brillo de las pupilas famélicas dilatarse lo suficiente para acariciar 62 nombres en el lapso de tantos días con sus noches.

Al final de la mañana del día siguiente, después del primer recreo, la señorita Aguirre explicó todas esas formas de vidas concatenadas en un extenso campo de afiliaciones capaces de obviar el tiempo en tersos términos algebraicos. El amor en su expresión más pura, creyó entender Bernardo Ledesma, se escribía así:

$$X=2^n$$

Si las variedades de la apetencia y el dolor eran inciertas en el círculo casi íntimo del ahora en donde el chico se debatía entre la cercanía dócil de las manos de su padre y las exacerbaciones intermitentes que abrían abismos lindantes al nido tibio que la madre trazaba con los brazos contra su cuerpo, la antigüedad era una tierra estrambótica donde lo propio era ajeno y lo conocido era incomprensible. Cuando el exponente med[ia

las almas a nueve generaciones de distancia, el apellido Ledesma se desgranaba sobre un suelo inhóspito donde era imposible trazar en palabras de afecto sus casi mil abuelos.

Cinco generaciones más lejos, el nene se veía irrevocablemente perdido vagando entre una muchedumbre de más de veinte mil almas en un país extraño del cual intuía que no había regreso. La idea de que esta tierra yerma, plagada de desconocidos, de antiguos muertos de los que él nada sabía y de los que nada quería era su tierra natal, su hogar, su familia, le provocó una sensación de tenue vértigo que cargó por Mendez de Andes hasta Nicasio Oroño donde finalmente la apoyó sobre la mesa de la cocina donde su amigo, a las cuatro y media de la tarde, terminaba la merienda.

A Marcos Pirianski le costó entender las formidables ramificaciones de concederle un padre y una madre a cada hombre. Bernardo tuvo que explicar la progresión geométrica dos o tres veces. Cada una empezando con la frase "Si cada persona tiene una mamá y un papá..." Sintiéndose finalmente sobrio, el bobo de Coria sonrió cierta inusual excitación que bien pudo haber sido el brote de pánico del que todos los hombres sufren cuando reconocen que la conclusión inevitable de lo trivial es lo imposible. Pero lejos de sentir la

angustia de ver al amor diluyéndose en un campo inmenso de relaciones impersonales, el chico se vio repentinamente heredero soberano de una nación que hasta ese mismo instante le había sido totalmente desconocida. Fue en la apasionada discusión que siguió al borde de los restos de merienda, donde los dos amigos se ofrecieron razones a favor de la tristeza y a favor de la dicha de la soledad del sobreviviente y finalmente, cuando la hora ya era larga, se separaron sin lograr alcanzar acuerdo. En todo caso, tanto Marquitos Pirianski como Bernardo Ledesma entendían incluso si aún no podían decirlo que si el amor persistía en el vasto territorio del tiempo, su sustancia no podía ser ni tibia ni delicada.

Arturo Ledesma a quién la conclusión le fue presentada durante uno de los desayunos sabatinos en los que padre e hijo compartían tostadas a penas tibias y silencios grávidos de la desatención dulce con las que el afecto reina en las tareas amables y triviales de lo cotidiano, le permitió a Bernardo mezclar desde el otro lado de las paginas de gran formato que dividía la mesa en dos, el desasosiego que había crecido en los días previos con la crónica del presunto asesinato a

sangre fría de un ex bombero de la zona en la puerta de su casa.

Cuando el hijo anunció la distancia del exilio en el que ahora sabía que los dos se encontraban, el padre retirando el pulgar del pliegue que mantenía la página del diario erguida, dejó que la crónica y su sangre se desplomasen sobre sí mismas y descubrió al otro lado del telón al chico esperando una réplica piadosa e irrefutable que expulsando a esas hordas de desconocidos de la mesa del desayuno familiar, de su habitación y de su memoria, le restituyera al hogar su calidez. "Ah querido Fedro" dijo el padre sin ser entendido "de donde venís... a dónde vas?" Y agregó con la promesa que siempre hacía caber en la sonrisa que tenía reservada para su hijo: "¿Qué te parece si terminamos el *empennage* del Hornero?"

Al borde de una puerta acostada sobre dos caballetes que les servía de mesa de trabajo, padre e hijo reordenaron los restos mortales de una ochroma siguiendo sin entender muy bien los dictados de los grandes recetarios de aviación. En esas horas felices, los dos compartían la excitación de redescubrir intuiciones antiguas y revivir los misterios de los intersticios en donde las leyes que rigen a hombres ceden a su astucia. Del silencio

atento de Bernardo y de sus manos atareadas su nutría furtivo el orgullo del padre que crecía con el esqueleto del avión desafiando la credulidad y prometiendo el vuelo.

Si en la colección de huesos blandos organizados en las varias geometrías que sanciona la ciencia, el aire prometido al cuerpo que forjaban con cola y trinchetas era inimaginable, con el tesón del ansia padre e hijo confesaban su fe en el vuelo y se imaginaban pioneros de una empresa que como les era nueva, les parecía no tener precedentes incluso si los precedentes les eran conocidos a los dos.

En pocas semanas el biplano amarillo estuvo terminado y por algunos días quedo espléndidamente exhibido sobre la mesa de trabajo que ahora le servía de pedestal. La mañana del vuelo inaugural, a Bernardo la excitación lo despertó al alba y camino a la cocina se detuvo en la puerta del taller a mirar la obra. El Hornero amanecía al día de su bautismo de aire. En el estómago le burbujeó una aprensión vaga y cuando fijó la mirada en la ventana de la cabina sintió como las piernas le flaqueaban. Una preocupación misteriosa lo hacía ensayar los temores que le suponía al piloto aún ausente, quizás todavía en esa hora

temprana, protegido por el sueño de los peligros mortales que aquel día le deparaba.

Desde el umbral de la puerta, con la pertinaz elegancia de lo antiguo, en un impasible gesto de osadía y con gallarda nobleza sentado sobre el plano de trabajo, el Hornero no parecía pequeño sino lejano y esperaba su hora con estudiada paciencia.

Mirando con asombro desde la altura de sus ojos el paisaje improbable que ofrecía el taller en las luz crepuscular, al chico se le antojó estar alargando la vista a través del valle que anidaba el campo de vuelo escarchado de palores azules en una mañana fría como las de mitad de marzo cuando se vuelve al colegio.

Los bajos, seguramente propensos a la inundación y a la neblina, en la sombra temprana del promontorio sobre el que descansaba el Hornero, no podían tener de lado a lado más de una cuadra corta como la de Nicasio Oroño entre Vallese y Neuquén. Maravillado, Bernardo notó que la lejanía que emanaba del avión había deformado la habitación forzándola a aceptar su escala y empujando con destreza el presunto horizonte en un simulacro de leguas del otro lado de las cuales el estuco atareado de las paredes podía o no ser cielos opacos de viento y agua.

El mal tiempo auguraba un vuelo difícil para el piloto y su Hornero. Las pupilas recorrieron los metros que separaban el avión de las tres cajas de cartón apiladas en pares de geometrías irregulares y desdibujadas en barracas donde Bernardo sintió el ronquido suave de su padre que llegaba desde la otra habitación. El color del falso cielo se le hizo tanto más inquietante y sintió el agujón ponzoñoso del antiguo terror al ver a su padre por última vez mientras se montaba a la cabina del Hornero. Previó un vuelo turbulento y vio las manos de su padre que ahora sentía amar con un amor desesperado, en una batalla cuerpo a cuerpo con el timón encabritado mientras por el parabrisas el suelo de un baldío del barrio crecía raudo y voraz.

Cuando los ecos de la Harmonía vaga de los huesos de balsa astillándose se encadenaron con el sonido probable de los huesos astillados de Arturo Ledesma sangrando, el comienzo del llanto que se alzó como una línea melódica desde la vibración grave del terror, le devolvió el pequeño taller, con su puerta acostada sobre los caballetes de madera, su estuco pálido, el lapicero con portaminas y trinchetas y el Hornero amarillo pequeño e inofensivo

frente a las titánicas proporciones de una vida humana.

Un espasmo de pena lo forzó a hacer caso a la angustia de la muerte del padre que muchas noches quedaba atrapada junto a él bajo las frazadas en la estela de un beso o de una caricia o de dos o tres palabras del amor incontinente con los que Arturo Ledesma cerraba parado a medio camino entre la felicidad exultante del triunfo y la tristeza que inculca en sus acólitos lo irrepetible, un día más de la niñez de su hijo.

La congoja que invadía la madrugada desde algún futuro impreciso pero inexorable haciendo eco en el futuro incierto del avión a radiocontrol volvió a abrir el tiempo y a interrogar al amor. Pensó Bernardo Ledesma aun sin haber alcanzado los 12 años que su mirada atravesando la distancia que lo separaba del Hornero también cruzaba vastos territorios de tiempo y le permitía ver la misma angustia de muchas noches ajenas y pasadas así como algún día futuro en la tristeza de cualquier ahora desde el que le fuese consentido mirar.

Se observó la mano sobre la que había contado a sus miles de muertos unas semanas antes y supuso que todas esas vidas solo podían caber en una mano, reducidas a miniaturas. La

distancia que tergiversaba las medidas de esas vidas era el tiempo. El pasado era un diorama. Las generaciones remotas no eran antiguas sino pequeñas, miniaturas inequívocamente presentes hechas de los huesos quebradizos de un gran pasado sólido que hacía semanas tenía pegado a los dedos.

El espectro de la congoja se deshizo lento en los días así como se deshizo también la tarde del primer vuelo en la que parado junto Arturo que comandaba la aeronave desde la seguridad de tierra firme, Bernardo fue asaltado por una dicha que no dejó rastro alguno de los miedos de aquella madrugada que se hundió en el tiempo para nunca más ser vista. En tanto, las luz extraña que aunaba en su resplandor ciego la lejanía, la antigüedad y la parvedad persistieron y se arraigaron con vigor en sus ejercicios de memoria y añoranza.

### Segunda Juventud

Algunas semanas después del final de la adolescencia, Bernardo y Marcos se encontraron sentados varios cientos de metros sobre San Martín de los Andes. Desde las grandes alturas, haciéndose silencio el uno al otro, los dos amigos, con ojos famélicos, buscaban la costa del lago en la profundidad del vasto aire de la mañana temprana. Al otro

lado del azul translúcido, una hilera tenue de casas a techos y cipreses oblicuos suponía la margen de un pueblo lejano, pequeño o antiguo.

Desde la altura de sus ojos, Marcos y Bernardo veían dos países. En la belleza inhabitable hecha de distancia, San Martín de los Andes era una concatenación de simetrías rígidas que contrastaba con el desorden natural con el que se agitaban los cipreses y las aguas del lago que nunca dejaban de gesticular su protesta contra el borde de la ciudad quizás con la esperanza de erosionarla y un día tragársela.

El hormigón hacía caso omiso al furor de la naturaleza protestando su exilio que ahora, desde donde estaban sentados Marcos y Bernardo, se condensaba en un rumor bordoneante que llegaba desde los bajos. La distancia en la que el terraplén que impasivo resguardaba la ciudad de la cólera impotente del lago se desdibujaba en una línea vaga le confería a Marcos cierto magisterio que, nacido de esos míseros trece minutos de calma atenta entre mates y silencios, supo que ejercería a través de la arquitectura.

En los años venideros, Marcos fortalecería progresivamente su autoridad sobre la idea algo pueril pero persistente de una humanidad

frágil y cretina con las inflexiones macizas de los hormigones armados. Como estudiante de arquitectura Marcos aprendería a imponer a través de la distancia de escalas y días sobre las que una vez Bernardo lo había alertado, un poder a caso divino que enfatizando la pulcritud de la línea recta y la elegancia austera del ángulo expresado, si bien deficientemente, en oscuridades macizas y rectilíneas donde el concreto despótico se encargaría de corregir las incorrecciones públicas y privadas haciendo caso omiso al trivial apremio de la belleza.

En tanto, desde la altura de los ojos de Bernardo y a través de la crisálida translúcida llegaban otros colores de intensidad muy distinta. Las luces que los cipreses y las aguas parecían no poder dejar de acariciar y que el sol no sabía opacar, brillaban claras en los intervalos que rebrotaban abriéndose paso entre opacidad y opacidad. En esos crisoles, Bernardo imaginaba el fermento silencioso de felicidad y tristeza humana titilando en los resquicios en los que el cemento no había logrado afianzarse. Entre pared y pared, Bernardo veía distantes desperdigadas expresiones de intenciones que funcionaban como las fibras que uniendo la materia muerta hacían de las geometrías tristes de las

geometrías muertas una ciudad que podía ser encontrada por nombre, por geografía y por recuerdos. Creyendo recordarlo, Bernardo imaginó un Bregu lejano nacido un poco más allá de las montañas bajando al mar.

Frente al encadenamiento de memoria y recuerdo, no supo si miraba un paisaje o una maqueta. La inexactitud del borde donde termina la pupila y empieza la vista que al final de su primera infancia había hecho de una miniatura un universo donde el amor a su padre gobernaba sus ansias, hoy hacía de un paisaje lejano una miniatura en donde vibraba con una luminosidad secreta el material lábil de manos, labios y respiraciones que una vez había creído falaz.

El joven entendía los objetos opacos en donde su amigo apoyaba sus aspiraciones como el resultado necesario de las intenciones que eran la expresión más pura de la antigua ecuación. En los techos, leía la inscripción clara de la empresa del amor que se afana en procurarse los medios para proteger del Jugu que las veces ahogaba la costa albana, la curva tibia de un cuello de bebe. En las chimeneas mudas de verano se gesticulaba la promesa de domesticar las nieves lapidarias en las profundidades de muchos julios para darle a una mujer desconocida abrigo. Incluso el

asfalto decía con claridad las palabras de las amistades resueltas alrededor de una misma mesa que aplazaba las distancias que en tiempos de caminos de tierra habían sido abandonadas a los hábitos de la nostalgia. La ciudad que para Marcos era un poder, era para Bernardo un catálogo de deseos cumplidos, es decir, de felicidades. Todas las cosas hablaban de las intenciones que las habían engendrado delatando la soberanía del amor.

### *Tercera y última juventud*

Mientras Marcos pasaba los años siguientes aprendiendo a encauzar las intenciones y aversiones ajenas, Bernardo buscaría técnicas y estrategias para liberarlas al aire. Para seguir estas empresas, menos de un año después Marcos se fue del país encendiendo en la casa de los Piranski un fuego extraño con el que Manuel y Rosa Pirianski, no sabiendo o no queriendo extinguir, convivieron por los años que les quedaban por vivir.

Guiándose por la distancia que Marcos había plantado en las márgenes del barrio que ahora lindaba con una ciudad de acentos raros y superiores a los que se podían escuchar por Nicasio Oroño, Bernardo también se fue pero después de una breve e incómoda temporada en el Palomar, una mañana a medio otoño sin

pedir permiso ni ofrecer lo que sabía serían innecesarias disculpas, volvió a su cuarto y a la mesa de desayuno donde su padre lo esperaba escondido detrás del perenne diario de gran formato. Arturo Ledesma se ofreció a sí mismo una sonrisa cálida y magnánima que no tenía más objeto que darle espacio a la felicidad que lo invadía evitando cuidadosamente cualquier gesto que pudiese ser confundido con clemencia.

La tercera y última juventud de Bernardo Ledesma comenzó con el nacimiento de su hijo, Arturo Marcos Ledesma. La madre, Daniela Ferri, tenía al igual que todos los otros alumnos de la promoción 84 de la escuela de Mendes de Andes, 30 años por cumplir. Arturo, a veces Arturito y normalmente Tito Ledesma tenía los labios de la madre, los ojos del padre y los nombres que guiaron su infancia.

La mañana del nacimiento de Tito, Bernardo se afeitó la pelambre prematura que había nutrido con el último trimestre de embarazo a fin de probarse una madurez que le era desconocida pero que suponía obligatoria y que le provocaba vértigo.

Con el nacimiento del hijo, el apremio de circumspection se le olvidó por completo y el padre primerizo se encontró

inadvertidamente presa de la fascinación. Perdió la barba para encontrar la mejilla de Tito contra su mejilla.

Pero además del tacto terso de las manos y las mejillas de Tito, detrás de la barba Bernardo Ledesma encontró escondida la cara de Arturo. Algo más joven, algo más tímido pero, curiosamente, con el mismo fuego en los ojos enamorados con el que había iluminado desde la altura titánica de la paternidad todo el vasto territorio de su infancia que todavía palpataba a sus espaldas. Como la huella tibia de las mejillas de Tito contra sus mejillas, la certeza repentina de ser visto y de mirar al mismo tiempo con los ojos de su padre no volvió a abandonarlo más.

El amor abrasador que parecía vaciarle el cuerpo y que a Tito, que florecía entre sus brazos le era transparente como el aire que respiraba, era la substancia mínima de una asimetría que Bernardo sabía intuir pero no medir. Bernardo recorría con los dedos el rubor primaveral de las manos redondas de Tito buscando un lugar donde detenerse para siempre. El hijo, y esto lo entendía ahora Bernardo leyendo el brillo oscuro que hasta entonces no había podido descifrar en los ojos de Arturo, era la tierra natal del padre pero solo sería su patria por poco tiempo. Los años

que se encargarían de perseguir la empresa heroica de libertad y desarraigo estableciendo su legado de fotos y nostalgias con las los hombres de familia pueblan el exilio de la vejez.

La congoja futura que Arturo le presentaba le ahuecó el pecho justo en el lugar en donde Tito le apoyaba la cabeza para dormir y la sintió por primera vez propia. Los ojos del Tito que ya habían empezado a mirar con distancia lo hacían pensar en la infancia de su hijo como una memoria y en la vejez de su padre como un augurio, las dos cosas propias. Todos los hombres se le hacían épocas de un solo hombre del cual él también era un momento, el presente.

Sentado junto a Bernardo, Tito aprendió a construir aviones con madera balsa y a imaginar a sus tantos padres intrépidos. Mientras tanto, Bernardo, aprendió a acallar con las manos tibias de su padre que lentas se empezaban a secar, las angustias de su hijo frente a los riesgos que presentaban las hazañas imaginarias de todas las generaciones que hoy se llamaban Ledesma.



Arturo volvió a la tierra en Agosto y Bernardo lo lloró con lágrimas sosegadas y lentas. Sobre el taxi que los llevó hasta el trecho gris de avenida Córdoba donde la sombra de Arturo fue trazada en palabras cálidas por amigos y conocidos, le explicó a Tito sentado en sus faldas que el abuelo se había ido. Invitándolo a compartir la tristeza, le dijo que estaba bien estar triste. Le dijo que él también lo iba a extrañar pero que llevaba a Arturo en el corazón que le mostró a su hijo apoyando la palma de la mano en el centro de su pecho. Le dijo que Arturo iba a volver cuando lo soñaran o cuando lo recordaran y le dijo que si prestaba suficiente atención no solo lo podrían oír sino a veces también verlo. Ansió ser convencido por sus propias palabras y al ver el alivio de Tito que buscaba que la clarividencia del padre le restituyera las manos y los ojos del abuelo, se sintió convencido.

Por algunas semanas mudó a su familia a la casa de Paysandú para no dejar a su mamá sola a la deriva en la estela de silencio que deja la muerte. Marcos llamó para decir las cosas que suponía debían ser dichas y Bernardo recordó con amargura la tarde de Nicasio Oroño donde el amor había sido reducido a una función matemática. Recordó con claridad

y antipatía la excitación que había dejado sembrada en su amigo, la misma que todavía podía escuchar del otro lado del teléfono.

En Luján, entre amigos de años y aviones de madera balsa, Bernardo levantó el viejo hornero rescatado de la baulera de la casa de infancia. Con el avión en el suelo, sintiéndose digno heredero de una dinastía de osadías nobles, Bernardo giró en todas direcciones en busca de la mirada de Arturo y luego de un instante de congoja áspera, los ojos inmensos de Tito devorando cada miga de felicidad, le arrancaron una sonrisa.